

Familia y división del trabajo en el latifundismo: La fuente oral

Adelina García Muñoz

«Hemos estao siempre... atentas a tus hombres... esclavas las mujeres de los hombres. No porque te tuvieran ellos esclavas, sino que eras tú esclava porque los veías que estaban hechitos unos negros...»

(extraído de una conversación, sobre la división del trabajo, con una mujer)

La cita que abre este artículo sintetiza la forma en que las mujeres asumen su papel en algunas sociedades campesinas. Las diferencias entre hombre y mujer no se perciben como diferencias jerárquicas o de poder, sino como producto de la división de roles para alcanzar un objetivo común: «sacar adelante la familia». A este fin, todos los miembros de la familia ¹ aportan sus energías en función de su sexo y edad y de su posición en la estructura familiar. Todos los miembros son preparados a lo largo de su ciclo vital para jugar el papel adecuado a cada una de las fases del ciclo, como miembros de una familia y como miembros de la comunidad concreta en la que se hallan inmersos, lo que permite la reproducción de ambas, tanto en términos físicos como sociales.

Las páginas que siguen son producto de la investigación llevada a cabo para mi tesis de licenciatura **Tierra, trabajo y familia** ², centrada en las formas de organización del trabajo y en la organización de la familia para acceder a los recursos que necesita, en los grupos sociales dependientes de la tierra y del trabajo proporcionado por las grandes fincas, en Abenójar (Ciudad Real), localidad situada en la comarca histórica del Campo de Calatrava, en donde el latifundio es la forma de explotación dominante ³.

El momento histórico en el que fijo mi atención son los años 30 de este siglo, aunque hasta los años 50/60, no se aprecian modificaciones esenciales en lo que a la organización del trabajo se refiere. La investigación se realizó en quince meses de trabajo de campo a lo largo de cinco años ⁴. En este artículo utilizo sólo la información oral obtenida, en un intento de demostrar lo útil y necesario del manejo de estas fuentes en ciencias sociales, para profundizar el conocimiento de las relaciones familiares y para ver cómo, a través de la fuente oral, podemos captar aspectos de la división del trabajo, y de la socialización de los miembros de una comunidad imposibles de detectar con la misma profundidad con otro tipo de fuentes ⁵.



«La recolección de patatas» Grabado de C. Bellenger de finales del siglo XIX.

Hombre y mujer: división del trabajo



«Hemos estado siempre... atentas a tus hombres... esclavas las mujeres de los hombres. No porque te tuvieran ellos esclavas, sino que eras tú esclava porque los veías que estaban hechitos unos negros... Yo por ejemplo: se iba mi marido a segar, si se iba a las 5 venía a las 2 a comer y a las 3 se tenía que ir otra vez. Todo el día teniendo que tirar de la hoz con todo el reseedero [calor], pues estaba pendiente de la puerta para que en cuanto llegara se echara una miejilla. Enseguida se tenía que ir. Tanto con mi marido como cuando he estado en mi casa con mis hermanos: estabas esclava de tus hombres.»

Este párrafo sintetiza la percepción que las mujeres tienen de su papel en la familia: estar «atentas a tus hombres» no sólo del marido, sino del padre y los hermanos. «Yo estaba jugando en la calle y en cuanto veía a mis hermanos que volvían con las bestias, me metía corriendo en la casa para ponerles el agua para que se lavaran. Mi madre nunca me tuvo que llamar la atención porque yo siguiera jugando. Sabía lo que tenía que hacer y lo hacía».

Algunas de las mujeres, inmediatamente después de un relato similar al anterior, introducen una comparación con el presente:

«Ahora mismo, que yo veo que la mujer está trabajando y el hombre está trabajando, pues veo muy bien que le ayude a hacer las cosas de la casa. Veo mal visto que la mujer no haga nada y el hombre tenga que ayudar.»

La misma idea, la «ayuda», pero en sentido contrario, la de la mujer al hombre, se encuentra en otras conversaciones: «... sus hijas sabían ganarse muy bien el pan y ayudarle a su padre en lo que podían y en lo que había que hacer».

Hay por tanto unos papeles diferenciados, según el sexo, en lo que respecta al trabajo: el hombre es el que va a trabajar y la mujer se ocupa de atender a sus necesidades, de tenerlo todo preparado para que él no deba ocuparse de nada al volver a casa. La función principal del hombre es proveer a la familia de lo necesario mediante su trabajo, la de la mujer facilitárselo.

En las épocas en que el trabajo era más duro, la recolección, con los medianeros (aparceros) que tenían labor en los quintos⁶, se desplazaba, cuando era posible, un miembro femenino de la familia, para

prepararles la comida y llevársela al «corte» o a las eras para que ellos pudieran dedicar más tiempo al trabajo. Podían ayudarles también a conducir el trillo: «Si ellos estaban dando vuelta a la parva, no se iban a parar a cambiar el trillo de sitio, tenías que ayudarles». Esta tarea estaba encomendada a las mujeres más jóvenes o a los niños.

«Entonces», la «ayuda»⁷ de las mujeres no era correspondida por los hombres, ni siquiera cuando— algo frecuente en determinadas épocas del año— ellas realizaban jornadas de trabajo tan largas como las de los hombres. «Llegaba que tenías que escardar y cuando venías arreglabas las cosas de tu casa y procurabas antes de irte de acarrearle el agua a tu madre.»

La falta de «ayuda» por parte del hombre, cuando las mujeres también trabajaban, no era considerada entonces como una desigualdad, sólo ahora, cuando surge el tema, se resalta: «Entonces no había los reparos que ahora, los hombres a su trabajo y las mujeres al suyo: íbamos a la aceituna y iban los hombres también, pues mira: los hombres... cenábamos y se iban de ronda, y las mujeres teníamos que hacer los quehaceres de la casa. Lo que no podíamos hacer de día lo hacíamos de noche. Ahora no, ahora se dice: ‘mira, tú tienes que hacer tu cama, tú tienes que fregar la loza y mañana la tiene que fregar éste’», en muchas casas ocurre así; pero entonces no. Ni en mi casa ni en ninguna casa del pueblo en aquella época».

«Yo veo eso muy bien, que los hombres ayuden en lo que sea, claro, no les vas a dar un cesto de ropa pa reparar⁸, ni lo vas a poner a planchar...»

Hacerse la cama o fregar los platos se considera una ayuda que el hombre puede prestar a la mujer, coser y planchar aparecen en la frase anterior como tarea exclusiva de la mujer, así como es monopolio del hombre arrancar cepas o ir «detrás de un arado». ¿Podría verse en los límites de la ayuda susceptible de ser intercambiada entre hombres y mujeres el uso exclusivo de las herramientas propias de cada sexo? Un hombre no va a utilizar una aguja⁹ o una plancha de la misma manera que una mujer no utilizará un azadón, un hacha o un arado.

Pina-Cabral (1986), indica que en Paço y Couto existen conjuntos de actividades prohibidas a los individuos de cada sexo: los hombres no pueden lavar la vajilla o la ropa, ni coser, ni fregar el suelo mientras que a las mujeres les está prohibido subir a los árboles o pisar uvas. Los hombres se ocuparían de los «produtos do ar» mientras que los «produtos da terra» serían propios de las mujeres. En Abenójar, los

trabajos agrícolas encomendados a las mujeres serían también aquellos en los que hay que estar más en contacto con la tierra y que han de realizarse agachados. Durante la recogida de la aceituna, mientras los hombres varean los árboles y cargan los sacos, las mujeres se ocupan de recogerlas del suelo. En el cultivo de cereales, mientras los hombres aran, siembran y siegan, las mujeres escardan y rebuscan.

En el caso de de las matanzas ¹⁰ creo que también pueden encontrarse diferencias significativas en el uso de los cuchillos empleados, además de en la división de las tareas que en ellas realiza cada sexo. En una de las matanzas a la que asistí, una vez muertos los cerdos y divididos en grandes pedazos por los hombres, éstos fueron sustituidos por las mujeres, que se dedicaron a hacer pedazos más pequeños en función de la utilización que se fuera a hacer de ellos. Los hombres se mantuvieron cerca de las mujeres bebiendo, mientras observaban atentamente su trabajo y hacían comentarios burlones sobre su destreza en el uso de los cuchillos, especialmente dedicados a una mujer que utilizaba uno de hoja bastante más grande que el de las otras.

Respecto a la calidad de las herramientas, y sin más pretensión que señalar, como en el caso anterior, la posibilidad de significados que aún no he podido analizar en profundidad, en la misma matanza una mujer se quejaba de que su cuchillo no cortaba suficiente, finalmente uno de los hombres que estaba allí le ofreció uno. Minutos después, comprobado el excelente funcionamiento del cuchillo, la mujer comentaba a la concurrencia: «Vaya cuchillo bueno que me ha dado este muchacho, y eso que no soy moza», como si la calidad de la herramienta ofrecida tuviera que estar en relación con la disponibilidad sexual de la mujer.

En el caso de los matos ¹¹ la ayuda de las mujeres se limitaba a limpiar cepas y a vigilar los hornos, mientras que los hombres las arrancaban, las cortaban y las colocaban en el horno, que también había sido hecho por un hombre.

Rajar ¹² las migas y, en muchas de las casas, cocinarlas, es también una tarea de los hombres. «Lo primero que hacía mi padre cuando se levantaba era rajar las migas mientras nosotros [los hijos] íbamos a dar una vuelta a las ovejas...»

Como muchos otros aspectos de la vida social y familiar, la división del trabajo y el papel de cada sexo no puede ser generalizado ni en el tiempo ni en el espacio. Cada época, cada zona geográfica, cada grupo social, y dentro del mismo grupo, cada familia, puede tener su propia comportamiento, fuertemente

condicionado por la norma y la costumbre y el tipo de actividad realizada, pero no menos sensible a la composición demográfica de la familia, y a las características personales de sus miembros, que pueden realizar adaptaciones específicas a sus peculiares circunstancias, de manera que aunque no sea habitual ver a una mujer segando, a nadie le extrañará que una mujer concreta, de una familia específica, lo haga. Y. Verdier (1979), en el capítulo «Tout faire» que concluye su libro, explica cómo en Minot los límites a las tareas que una mujer puede hacer dentro de las que no son consideradas normales para su sexo, son mucho más amplios, no existen prácticamente, a diferencia de las que puede realizar un hombre, cuya virilidad será puesta en entredicho de realizar trabajos considerados propios de las mujeres.

La división sexual del trabajo no puede ser analizada con los parámetros ideológicos de hoy, respecto a la igualdad de hombre y mujer, sin correr el riesgo de caer en anacronismos o sociocentrismos que en nada ayudan a la comprensión de la organización de la familia en tiempos pasados y en otros grupos sociales. Martine Segalen (1980) analiza los problemas derivados del análisis de las relaciones marido y mujer en las sociedades tradicionales realizados por los folkloristas, que juzgaban comportamientos y actitudes partiendo del sistema de valores propios de la sociedad burguesa de la que ellos procedían, apoyando sus afirmaciones en refranes y dichos populares opuestos a la realidad observable, por encima de la cual pasaban sin prestarle la más mínima atención.

Es la limitación de las tareas propias de cada sexo y la utilización de las herramientas implicadas en ellas, lo que contribuye, con toda probabilidad, a que se considere como ideal demográfico un equilibrio entre sexos. Las estrategias familiares para obtener los recursos se verán fuertemente condicionadas en los casos extremos. Un hombre que sólo tenga hijas estará obligado a asociarse con algún pariente para coger tierras en aparcería o para desmontar, puesto que las hijas sólo realizarán aquí tareas consideradas secundarias. En el caso de que el padre no pueda o no desee asociarse con algún familiar para trabajar la tierra deberá buscar el salario y la «mesada» ¹³ que proporcionan un trabajo fijo o hacerlo a jornal. Si es necesario, las hijas deberán trabajar para otras personas, ya sea como criadas, o haciendo trabajos ocasionales, jalbegar (encalar), lavar para familias que puedan pagarlo o tendrán que realizar actividades estacionales en la agricultura: recoger aceituna, escardar, rebuscar...

Tener hijos varones era importante para una familia: con mano de obra masculina suficiente, podía cultivar la tierra, hacer matos, y utilizarla para trabajar a jornal para otras personas cuando la tierra a la que se tenía acceso no daba trabajo suficiente para todos. De todas formas «... tampoco se ha visto que por tener muchos hijos [varones] hayan echao casas con azulejos¹⁴ porque hay hombres que según lo ganan lo gastan. Ningún padre, aunque haya tenido muchas hembras, se ha muerto de hambre... mi hermano tuvo 7 hijas, que ya los hijos vinieron los últimos, y no le faltó que comer porque sus hijas sabían ganarse muy bien el pan y ayudarle a su padre a lo que podían y en lo que había que hacer. Pero si son varones se desahucian de muchas cosas. Así que no veo yo que sean más felices los que tienen varones que los que tienen hembras».

Aunque se considera que las aportaciones económicas de los varones a la familia son más importantes que las de las mujeres, el tener muchos varones tampoco implica necesariamente movilidad social para las familias con mucha mano de obra masculina: «... esa mujer, tenía seis varones y no sacó nunca un pié de fuera del umbral [no se modificó su posición social]. No subió nunca, no subió nunca pa ná ¡y tuvo 6 varones! Vivían como Dios quería. No pasaron hambres pero no estaban para tirar el pan que les quedaba duro en el cesto, que venía el último adiós con el último suspiro [no podían realizar ningún tipo de ahorro]».

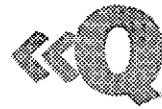
Tener sólo hijos varones puede equivaler a fuerza de trabajo suficiente y más desahogo económico, pero significará una carga mayor de trabajo para la madre, y un control más difícil sobre los hijos: «... aquella mujer tenía sólo hijas, pero extendía el mandil y debajo de él las recogía a todas», además de significar un futuro incierto para los padres ancianos.

«Tener varones y hembras siempre es mejor pero si tenían de un gremio nada más: 'Anda, mira, sea lo que Dios quiera, en viniendo bien que venga lo que Dios quiera'. Si son muchas hembras mejor servicios están los padres que si son muchos varones, porque los varones se sacuden la chaqueta y se echan a la calle».

Un hombre, cuya mujer está enferma y no tiene hijas en el pueblo me decía: «Con todo lo que se diga, pa los viejos son más las hijas que los hijos». Una hija, aunque los padres ancianos no vivan con ella, «... irá todos los días a dar una vuelta, a hacerles las cosas de la casa, a ver si necesitan algo»; por el contrario: «A las nueras no les duelen los padres de su marido». En varias conversaciones me han hablado de un

hombre que sólo tenían hijas destacando que sus posibilidades de obtener ingresos eran menores que las que tenía un hombre con suficientes varones: «Sólo tenía mujeres, así que tenía que estar atento al jornal». La valoración de hijos e hijas depende del contexto en el que se esté hablando, para «trabajar» es necesario tener hijos, y se echan de menos cuando no se tienen, pero tanto por el control que puede tenerse sobre ellas, como por los trabajos que pueden realizar en la casa y, especialmente, por la seguridad de estar bien atendidos en la vejez, es necesario tener hijas. Por tanto lo ideal para la familia, es que exista un equilibrio entre ambos.

El matrimonio



Quien al casarse acierta en la vida no yerra». Para que todo funcione bien en una familia es necesario que el «matrimonio se entienda». La mujer cumple un papel fundamental para que el entendimiento sea posible. «Cuando un hombre se empecina en una cosa hay que darle la razón de momento. Sobre todo si está muy enfadado o borracho. Después ya se puede razonar con él y tomar las decisiones juntos». De no ser así, «... si la mujer se emperrea en salirse con la suya, se pueden pelear y hasta pegarse». «Una mujer consciente tiene que darle la razón al marido, sobre todo cuando él está alterado.»

Conscientes de que «el casamiento es un acertamiento» acertar con la persona adecuada, la familia pone todos los medios para que los jóvenes acierten en su elección. Es muy importante que dispongan de tiempo suficiente para poder hacer «cariño»: «Nosotros nos casamos enseguida, el cariño lo teníamos hecho: nos habíamos criado juntos»¹⁵.

Desde que un joven pretende seriamente a una muchacha, hasta que se casan pasan muchos años. El tiempo de noviazgo estará relacionado en general, con la edad de los jóvenes. De cualquier modo dependerá también de otras cosas como las posibilidades de los padres de realizar los gastos de la boda, la existencia o no de un embarazo prematuro; a veces la muerte de la madre del novio, por ejemplo, puede precipitar una boda si no hay mujeres en la casa de éste.

Mientras el novio no ha hablado con el padre de ella, o con la madre si ésta es viuda, la pareja procurará por

todos los medios no ser vista por ningún miembro de la familia de ella. El muchacho que intente retrasar esta obligación, sin dejar de ver a la joven, será considerado muy poco serio por los padres de ésta. Me han explicado el caso de una mujer que prohibió a sus hijas seguir viendo a sus pretendientes, porque éstas le negaron la relación con ellos cuando les preguntó. Este es un caso extraordinario que habría que relacionar más con la personalidad de las jóvenes y de la madre (viuda), puesto que lo normal es que «si se quieren», más tarde o más temprano realicen su propósito de casarse.

Un noviazgo normal puede dividirse en varias etapas¹⁶ que dependerán de la edad de los jóvenes y de que coincidan o no noviazgos de varias hermanas. Primero el padre «dará la ventana»: les autorizará a que hablen por la ventana después de cenar. Luego, y después de una nueva entrevista, le «dará la puerta», que permite al muchacho entrar a la casa, donde los jóvenes serán estrechamente vigilados por algún miembro de la familia de ella. Una mujer me explicaba que si por cualquier razón su madre tenía que ausentarse mientras estaba su novio en la casa, llamaba a una vecina de confianza para que se quedara con ellos.

Iniciado el noviazgo, la joven no entrará en casa del novio ni éste en la de ella si está sola. El control sobre sus encuentros parece extremo: «Estaban bien guardás, estaban difíciles los despistes». La explicación es que se querían evitar embarazos antes del matrimonio. Esta es una buena razón porque una joven estaba muy mal vista si se casaba embarazada; pero son muy pocos los casos de mujeres que sí, como consecuencia de unas relaciones sexuales con su novio, quedaban embarazadas fueran abandonadas por éstos.

Cuando por alguna razón la boda no podía celebrarse antes de que naciera el hijo, cada uno de los jóvenes seguía viviendo en casa de su propia familia. Los motivos para retrasar una boda en estas condiciones se debían normalmente a problemas que tuviera el novio, como que su familia no pudiera prescindir de sus ingresos (mujeres viudas con hijos pequeños), o que estuviera prestando el servicio militar por ejemplo. De cualquier modo, tarde o temprano la boda se realizaba.

En el recuerdo de mis informantes, en otros tiempos había más casos de embarazos prematuros que en la actualidad, la explicación la encuentran en que antes había más control sobre los novios; una de mis informantes lo expresa muy gráficamente: «Pasaban más cosas que ahora. Llevabas, a lo mejor, varios

meses con tu novio y aún no le habías dado ni un beso, pues en cuanto se presentaba la ocasión: aquí te pillo y aquí te mato». «Besos y abrazos no hacen muchachos pero tocan a vísperas», el resultado es que eran frecuentes los embarazos antes del matrimonio.

La actitud en Abenójar frente a los embarazos antes del matrimonio, contrasta con la de comunidades como la que analiza Arguedas (1987:154)¹⁷. En Sayago «Un pecado sexual es más horrendo que muchos otros, como el robo, por ejemplo. (...) Los padres de los hijos ilegítimos los niegan “de rigor”; los desconocen. Reconocerlos significaría también “deshonrarse”. El hijo ilegítimo es un hijo sin padre. No hay castigo ni posibilidad de revancha contra el burlador. No es culpable. La única culpable es la mujer; el hombre permanece al margen de lo acontecido, ajeno a él, sin responsabilidad».

La virginidad de las jóvenes en el momento de tener la primera relación sexual con ella es muy valorada. Un hombre me explicó que rompió su relación con una muchacha después de mantener contactos sexuales con ella porque «Estaba estrenada», lo que no quiere decir que una mujer que no fuera virgen no pudiera casarse pero «... no podía ser delicá», o sea, que «Tenía que conformarse con lo que se presentara»: hombres «más viejos» que ellas o con algún defecto físico, o los que por su carácter o cualquier otra circunstancia no tuvieran otras oportunidades. El tiempo de noviazgo, y las precauciones tomadas para que ningún imprevisto lo acortase, creo que podría responder más a la necesidad de que los jóvenes se conocieran, y tuvieran tiempo de «hacer cariño» para que el matrimonio no fracasara, que a la deshonra que pudiera significar para una joven soltera el quedarse embarazada.

A diferencia de Grazalema, en donde «... las cuestiones de honor (...) aparecen con la mayor facilidad tanto en discusiones teóricas acerca de lo que debe ser la conducta decorosa como en el idioma cotidiano del trato social...» (Pitt-Rivers, 1968:39), en Abenójar, no he escuchado los términos «honra» u «honor» en ningún momento, ni en las entrevistas ni en mis conversaciones más informales con la gente del pueblo.

¿Quiere esto decir que no existe la idea contenida en dichos términos? La idea debe existir sin duda, y existe también —y se utiliza— la que contiene el término opuesto: vergüenza. Sin embargo, me parece que ni la idea de «honor» ni la de «vergüenza» presentan las dramáticas características que señala Pitt-Rivers (1968, 1979), o en todo caso no son un tema de conversación habitual. Sí existe y se usa con

mucha frecuencia el vocablo «respeto», pero éste es *utilizado en contextos tan variados que resulta difícil afirmar que es el término que sustituye al de «honor»*. En todo caso, la pérdida de «respeto» no implica «vergüenza», ya que el «respeto» es algo que se manifiesta hacia los otros, mientras que el honor es algo que se posee.

A partir de que se sabía que una muchacha «se había quedado preñada, no salía de su casa y se la encerraba en una habitación cuando había visitas». Ella vivía su embarazo como una vergüenza»¹⁸.

El ciclo doméstico

Cada nuevo ciclo doméstico es iniciado por la nueva pareja sin nada: «con una mano alante y otra atrás». «No hay más pelao que un recién casao». Esto es así entre los grupos dependientes de las grandes fincas, en los que *fijo mi atención. En otros casos, como los grupos de labradores acomodados del pueblo, los hijos pueden recibir algo de tierra, aunque lo normal será que se queden trabajando en la casa de los padres de uno de ellos.*

Entre los grupos dependientes de las grandes fincas, la nueva pareja, si puede, es lo deseable, alquilará una casa, si no una habitación en el caso de que ninguna de las familias de las que provienen disponga de habitaciones libres para alojarles, o la nueva pareja desee una vida más autónoma. Compartir la casa de los padres suele ser una solución provisional hasta que se consigue la propia.

Si el recién casado pertenece a una familia que trabaja en una de las grandes fincas de forma estable, es muy probable que se le ofrezca un trabajo que le permita instalarse en ella con su esposa. Sólo los casados pueden acceder a trabajos permanentes en las grandes fincas, los solteros únicamente cuando la propia familia trabaje allí o pueda integrarse en la de parientes muy próximos: tíos, hermanos, abuelos... Podría afirmarse que al igual que en Pisticci el estatus de casado equivale al de adulto: difícilmente un soltero realizará contratos, arrendará tierras, participará en política, o iniciará relaciones patrón-cliente hasta ser cabeza de familia (Davis, 1973:22).

En los inicios del ciclo doméstico, el joven que no pueda, o no entre en sus cálculos, obtener o mantener un trabajo fijo en una gran finca, seguirá realizando los trabajos que hacía con anterioridad: de criado,

con algún labrador acomodado del pueblo; seguirá trabajando con su padre en las tierras propias y/o las que tuviera en aparcería; buscará tierras en aparcería que cultivará sólo o con la ayuda de algún hermano o pariente próximo, con el que se entienda; o un mato, para lo que tendrá que asociarse también con algún miembro de la familia, puesto que la fuerza de trabajo de que se dispone en el inicio del ciclo no será suficiente. Todo esto, claro está, en el supuesto de que tenga o pueda conseguir los animales de tiro necesario.

Si no puede o no desea seguir trabajando, o empezar a hacerlo con sus familiares, o no dispone de fuerza animal suficiente, deberá trabajar a jornal cuando tenga oportunidad de ello. Integrándose en las brigadas de «descepadores» que desmontan la tierra por cuenta del propietario, o para alguien que la haya arrendado para desmontarla. Trabajará durante la recogida de la aceituna; es posible que en mayo se encuentre entre los grupos de esquiladores que recorren los quintos; en verano, en la recolección de los cereales. Vendimiará en otoño en los majuelos de algún propietario del pueblo. Cuando por alguna razón las posibilidades de obtener un jornal sean escasas y su situación económica desesperada, hará de cazador furtivo, irá a robar bellotas, o a buscar cargas de leña para venderlas. De ser necesario, su mujer también trabajará para otros, al menos hasta que empiecen a llegar los hijos, lavando ropa, jalbegando, sirviendo ocasionalmente en alguna casa...; pero muy mal tienen que ir las cosas para que una mujer casada se vea obligada a trabajar permanentemente fuera de casa. Normalmente estas actividades y otras como: escardar, espigar, recoger o rebuscar aceituna, o vendimiar estaban limitadas a las viudas con hijos demasiado jóvenes como para «defender el trabajo de un hombre», o a las jóvenes solteras.

El trabajo de los niños

Como ya hemos visto, cuando los hijos van llegando el equilibrio entre los sexos es el ideal, pero hasta que éstos tengan edad de trabajar «como los hombres», realizarán diferentes actividades, ya sea para la propia familia o para otros, lo cual les permitirá aprender a trabajar. Antes de llegar a «trabajar como los hombres», antes incluso de empezar a trabajar, su principal fuente de

aprendizaje será el mirar cómo trabajan los mayores. «En cuanto pudimos andar, andábamos nosotros detrás de mi padre, lo mismo que los borregos detrás de las ovejas».

Zonabend (1980) señala la importancia que para el aprendizaje de los niños tenía el ver cómo trabajaban los mayores: «'On faisait parce qu'on voyait faire. On voyait tirer les vaches, on était assis sur une botte de paille et puis à six, sept ans, on nous disait de le faire'». Al preguntarle a un hombre cómo había aprendido a controlar las ovejas¹⁹ me dijo que de ninguna manera que eso no tenía nada que aprender. Como la respuesta no me convenció, insistí: «Eso no tiene ningún misterio —contestó— habías visto a tu padre hacerlo un montón de veces y ya sabías cómo lo tenías que hacer». Miraban cómo trabajaban los mayores y se les requería para determinadas tareas: «A los 10 años te llevaba tu padre para que cocieras el cocido y para que estuvieras al cuidado de los animales», pero también podían realizar trabajos remunerados: «A los 9 años de edad (...) ya acompañaba a mi padre en su trabajo en las casas de labor donde a mi se me utilizaba de 'morillero' y a mi padre de mayoral. En estas casas de labor mi misión era la limpieza de las cuadras donde dormían los animales, el aseo y el cuidado de los cochinos, la limpieza de los gallineros y, algo distinto, menos sucio, recoger los huevos diariamente»²⁰.

La escuela sólo estaba al alcance de los que vivían en el pueblo, pero muy pocos completaban la enseñanza primaria. Los que vivían en los quintos no podían asistir a la escuela salvo si, por alguna razón, los padres tenían que instalarse a vivir en el pueblo por una temporada.

El hijo de un pastor que trabajaba normalmente en los quintos me decía: «... yo fui quizá un año a la escuela de los cagones²¹ de chiquitillo, y no enseñaban apenas ná... Y luego al otro colegio. Estuve un año... llegué hasta el Catón». Después tuvo que marcharse con sus padres a un quinto. «Si aprendías algo es porque tuvieras interés y alguno de los que estuviera contigo te enseñara por la noche».

Los niños que vivían en el pueblo eran sacados de la escuela, en el caso de que asistieran, en las épocas de más trabajo: «...te llevaba tu padre para que le cocieras el cocido y para que estuvieras al cuidado de los animales», el mismo informante parece reprochar a su padre²² el que no le hubiera permitido estar en la escuela más tiempo: «Fui a la escuela 2 años... Si yo hubiera tenido las posibilidades de hoy... porque ¡tenía una memoria y una cabeza...! Eso es lo que he sentido... Mi padre estaba aquí [en el pueblo] y aunque

no fuera nada más que por la compañía pues te llevaba. Hasta esa ignorancia.... ellos que no sabían hacer la o con un canuto... 'pues éste ya sabe poner su nombre, ya está listo'.»

Cuando un niño no quería ir a la escuela, normalmente no encontraba ningún tipo de resistencia en sus padres: «Yo fui un día a la escuela y me pegó el maestro un guantazo. Ya no volví.» «Entonces la escuela no era obligatoria, si querías ir ibas, si no, no.» «Yo saqué un poquillo más porque estaba siempre en el pueblo y tuve mucho interés, luego a la escuela de adultos fui mucho. Mi padre nunca me dijo vete a este lao o vete al otro, pero tampoco me lo quitaba si yo quería ir.»

De alguna manera la necesidad de aprender a trabajar, de ayudar a los padres porque les «necesitaban», junto con la distancia del pueblo a la que vivían, suponía la imposibilidad práctica de recibir una formación que les podría haber ayudado a salir de la dependencia económica, que les habría permitido, al menos eso piensan ellos, mejorar su posición social. Probablemente los padres no contemplaban la posibilidad de que sus hijos pudieran llegar a conseguir una situación económica y social distinta de la suya, a diferencia de la generación de los que eran adolescentes en la guerra²³.

La variedad de actividades en las que estaba implicado un grupo doméstico, y la necesidad de mano de obra, exigía la colaboración de todos los miembros de la familia. Por poco trabajo que un niño pudiera realizar, éste era necesario, ya fuera por la aportación económica que suponía, por muy escasa que fuera: «Cuando empecé a trabajar tenía 10 años, ganaba una fanega de trigo, 3 duros y un jarro de aceite», o porque se le necesitaba para realizar actividades en las que no podía ocuparse mano de obra adulta: «...no se iban a parar [los hombres] para darle vuelta a la parva». Hasta que los niños empezaban a trabajar «como los hombres» la ayuda que podían aportar a la familia era insuficiente: «Ya cuando nos empendolamos²⁴ nosotros, mis padres empezaron a vivir un poco.»

El trabajo de las niñas

La escolarización de las niñas era mucho menos frecuente que la de los niños. Muy pocas son las mujeres que asistieron con regularidad a la escuela, no sólo porque no estuvieran viviendo en el pueblo, sino porque de niñas ayudaban

a su madre en los trabajos de la casa que sus años les permitieran. La ayuda de las niñas a la madre era mucho más continuada, todos los días, que la de los niños que frecuentemente era sólo estacional especialmente si residían en el pueblo.

«La que menos ha ido a la escuela de mi casa he sido yo (...) porque era la mayor» su padre era carnicero y tenía la cartería del pueblo, su madre se ocupaba de repartir las cartas, mientras ella se quedaba en la casa por si iba gente de los quintos a buscar su correspondencia. «A lo mejor me decía: ‘frégame la cocina’ y a lo mejor venía y no se la había freago... me había entretenido a jugar a los cantillos con las muchachas.» En el caso de las familias más pobres del pueblo, mujeres viudas con hijos pequeños especialmente, las niñas eran reclamadas para hacer pequeños trabajos por otras mujeres en mejor situación: «...le decían a mi madre: ‘Anda, mándame a la niña que me haga unos mandaos’, y a lo mejor luego me daban un poco de pan y morcilla». La que habla es una mujer cuya madre quedó viuda con 6 hijos poco después de nacer ella.

Desde muy pequeñas, y en la medida que sus fuerzas se lo permitieran, empezaban a ayudar a la madre a quitar el polvo, limpiar la casa, vigilar a los hermanos más pequeños... Podían acompañarla a lavar a algún arroyo a varios kilómetros del pueblo, en donde se les encomendaban tareas que pudieran realizar. Muy pronto eran ellas las que acostumbraban a encargarse directamente de lavar.

Las niñas aprendían al lado de sus madres a realizar las diferentes actividades de las que debían ocuparse más tarde. Muy pronto podían sustituirla: «A los 10 años me iba yo con mis hermanos [al quinto en el que estaban de medianeros] en el verano, a guisarles de comer... Allí había muchos colonos... había otros 2 tios míos, iban sus mujeres que eran personas mayores... iba al cargo de ellas. «Cuando era tan pequeña no hacía na, si iba un ratillo y trillaba mientras ellos hacían otra cosa. Luego, ya que era mayor, sí. Si estaban ablentando me iba un rato a darle a la máquina, a quitar granza... a lo que podía. Llegaba que había que ir a escardar... pues iba a escardar. Llegaba la aceituna, que teníamos un olivar de un señor del pueblo a medias... pues iba a la aceituna. Como era la mayor siempre me tocaba ir con mis hermanos...»

Lavar es la actividad más dura que realizaban las mujeres, o al menos así se percibe en cuanto se saca el tema en una conversación, la distancia de los arroyos en los que se lavaba, el frío del invierno, la escasez de agua en verano, son destacados por todas las mujeres del pueblo con las que he hablado.

Iban siempre a lugares donde el gua era «más fina», tanto si estaban en el pueblo como si vivían en los quintos, a pesar de que en el pueblo había agua y algunas casas disponían de pozos, pero el agua era muy mala, y la ropa no les quedaba lo suficientemente blanca. Marchaban en pequeños grupos de madrugada y permanecía allí prácticamente todo el día.

A pesar de las quejas por la dureza del lavado: en invierno tenían que romper el hielo de las charcas para poder lavar, y en verano la escasez de agua les obligaba a salir del pueblo a las 2 ó las 3 de la madrugada para coger sitio, el lavado suponía un encuentro continuo entre las mujeres. Son numerosas las anécdotas de todo tipo que recuerdan de esos encuentros. Allí se podían profundizar las relaciones, hablar de las cosas que ocurrían en el pueblo, podían organizarse fuertes discusiones y peleas...

El lavado periódico en el arroyo, como el barrido de las calles o el ir a buscar agua a la fuente, son actividades en las que las mujeres se encuentran constantemente. El arroyo, la calle y la fuente, son los lugares por los que con más intensidad circulan las noticias del pueblo, son los lugares de encuentro por excelencia de las mujeres y sus ámbitos propios de dominio. Como en ningún otro sitio disfrutan aquí de la libertad de hablar. Las jóvenes aprenden de las más viejas, es aquí donde las muchachas entran en contacto con la vida del pueblo y el mundo de las mujeres. Estos trabajos cotidianos son los que permiten a las jóvenes salir del ámbito cerrado de la casa. Junto a su madre aprenden a trabajar. A medida que pueden ir sustituyéndola en algunas actividades, aprenden a conocer el mundo de las mujeres y el pueblo.

Como hemos visto, dentro de la familia cada uno tiene un papel, relacionado con su edad y sexo, que cumplir. Cada individuo es preparado para él desde niño en el seno de su familia, mirando cómo trabajan y actúan los adultos y realizando pequeñas tareas cerca de ellos, o para otras personas, en el caso de los más pobres.

El trabajo, a la vez que prepararles para sustituirles, les introduce en el mundo de los adultos, les integra en la comunidad²⁵. Todos son necesarios para todos, por ello es importante que el ciclo de vida de la familia se complete, que ninguno de sus miembros, especialmente los padres cuando los hijos son pequeños, desaparezca prematuramente. Que se dé un equilibrio entre sexos, de manera que pueda disponerse de la fuerza de trabajo necesaria: hombres; que estos puedan estar atendidos convenientemente, y pueda atenderse a los padres en la vejez: mujeres.

La fuente oral: A modo de conclusión

La fuente oral nos permite una profundización y un conocimiento de las sociedades que estudiamos difíciles de alcanzar a través de otro tipo de fuentes. Sin embargo el tratamiento de la información oral es complejo porque no puede ser utilizada como si de datos empíricos se tratara. No obstante el análisis del discurso de los informantes permite sacar una conclusión muy útil y significativa para el análisis antropológico: cuando la gente nos habla lo está haciendo de sí misma, de su experiencia personal y familiar y de su percepción del mundo en el que vive. Tanto lo que se nos explica como lo que el informante calla puede ser significativo: «La interpretación de las lagunas, de las ausencias, de las distorsiones con lo real conocido está, por tanto, en el centro del análisis del documento oral» (Joutard, 1986:358). Y Portelli (1989:6), hablando de su investigación sobre la muerte de Luigi Trastulli dice: «...si las fuentes orales utilizadas en esta investigación no son siempre fiables para una reconstrucción rigurosa de los hechos, este dato nos servirá, no para descartarlas, sino para ayudarnos a ir más allá de la materialidad visible del acontecimiento. Atravesando los hechos para descubrir su significado.»

Es en el análisis del contexto en el que se utilizan determinadas expresiones y en las conceptualizaciones de la propia experiencia por parte de los informantes en donde la fuente oral cobra un valor imposible de sustituir por fuentes de otro tipo. A través de esta información y apoyándonos en otro tipo de documentación, privada o producida por la administración o por los especialistas, pueden analizarse significados, actitudes... y comprender las razones que subyacen a comportamientos aparentemente irracionales u oscuros para el investigador social. En el caso de las relaciones en el interior de la familia y de la distribución de papeles y de poder entre sus miembros, la fuente oral es la que puede aportarnos la información cualitativamente más rica para el análisis.

NOTAS

¹ Entendida aquí, para facilitar el análisis, como familia nuclear.

² Presentada en el Departamento de Antropología de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona en junio de 1990.

³ Ver Sevilla-Guzmán (1975, 1979 y 1991), para una definición de la forma de explotación latifundista.

⁴ En la actualidad continúo trabajando en la zona para una investigación sobre la evolución de las formas de organización del trabajo y de la familia a lo largo de este siglo, que recogeré en mi tesis doctoral *Familia, trabajo y comunidad*.

⁵ Ver Bestard (1980 y 1986) para los problemas planteados a la Historia de la Familia y la Antropología por los censos de población. Por supuesto que el destacar la importancia de las fuentes orales para enriquecer el análisis, no significa que desprecie otro tipo de fuentes. La información oral por ella misma es insuficiente, es imprescindible combinarla y contrastarla con informaciones y datos obtenidos de fuentes escritas de diverso tipo y procedencia, tanto las manejadas habitualmente por las distintas disciplinas de las ciencias sociales como otras menos habituales, tales como los escritos producidos en el seno de la familia, y otras como la novela y la pintura, las cuales, debidamente contextualizadas pueden ser muy útiles para la comprensión de los grupos sociales analizados.

⁶ Nombre genérico que se utiliza en la zona para referirse a las grandes fincas.

⁷ Para la idea de «ayuda» relacionada con la valoración de los ingresos obtenidos, ver Narotzky (1989).

⁸ Seleccionar la ropa que tiene algo para coser, y hacerlo.

⁹ Para una sugestiva interpretación del simbolismo de la aguja, Verdier, 1979, p. 236 y ss.

¹⁰ Ver Verdier (1979), especialmente los apartados «L'inderdit du saloir» y «Autour du cochon» del capítulo «Physiologie» dedicados a la matanza del cerdo en Minot, y la división de tareas en función del sexo.

¹¹ Sistema de desmonte en el que el desmontador recibía, como forma de pago, el carbón o la leña obtenido y además podía cultivar durante 6 años (3 cosechas) la tierra desmontada.

¹² Las migas en esta zona se hacen de pan que hay que cortar en rectángulos, pequeños y regulares, para lo que se utiliza normalmente un cuchillo grande y afilado.

¹³ La parte del salario que se recibe en especies.

¹⁴ Símbolo de buena posición económica.

¹⁵ No obstante esta mujer tenía ya 25 años cuando inició su noviazgo.

¹⁶ Ver Delgado Ruiz (1985), para una interpretación de la división en etapas del noviazgo, en una localidad próxima a Abenójar.

¹⁷ Ver también B. J. O'Neill (1984) que presenta el caso de Fontelas, comunidad en la que predomina la pequeña propiedad, como en Sayago, en donde se dan elevados índices de madres solteras fenómeno que relaciona con la necesidad de no fragmentar la propiedad. Sin embargo el rechazo hacia los hijos habidos fuera del matrimonio, no está presente con la radicalidad que nos presenta Arguedas. De hecho, pueden acabar de sirvientes en las casas de sus padres.

¹⁸ Utilizo este término, porque así lo han hecho algunas de

mis informantes, sin embargo, creo que no puede atribuírsele el contenido que le confiere Pitt-Rivers.

¹⁹ Un informante me explicaba que cuando empezó a trabajar, a los 10 años, iba él sólo con unas 200 ovejas a las zonas de pasto.

²⁰ Nicolás González (memorias inéditas).

²¹ Lo que hoy sería el pre-escolar.

²² En el contexto de la conversación el reproche está dirigido a la situación social en la que estaban inmersos.

²³ Al menos esa es la impresión que produce la comparación de las entrevistas de los más viejos y los más jóvenes de mis informantes.

²⁴ Cuando fueron mayores.

²⁵ Algunas fiestas que se celebran en el pueblo, ritualizan esta integración especialmente en el caso de los hombres, la de San Antón es una de ellas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Arguedas, J. M. (1987): *Las comunidades de España y del Perú*, Ministerio de Agricultura-Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- Bestard, J. (1980): «La historia de la familia en el contexto de las ciencias sociales», en *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, n.º 2, Barcelona.
- Bestard, J. (1986): *Casa y familia. Parentesco y reproducción doméstica en Formentera*, Institut d'Estudis Baleàrics, Palma de Mallorca.
- Davis, J. (1973): *Land and Family in Pisticci*, The Atholone Press, Londres.
- Delgado Ruiz, M. (1986): «Un ejemplo de división tripartita del período de noviazgo», en *Actas de las III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*, Guadalajara.
- González Navas, N.: *Memorias*, inédito.
- Joutard, Ph. (1986): *Esas voces que nos llegan del pasado*, F.C.E., México.
- Narotzky, S. (1989): *Trabajo ayuda y cuidado. Organización doméstica y reproducción social en Cerviá de les Garrigues*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- O'Neill, B. J. (1984): *Proprietários, lavradores e jornaleiras. Desigualdade social numa aldeia transmontana, 1870-1978*, Publicações Dom Quixote, Lisboa.
- Pina-Cabral, J. (1986): *Sons of Adam, daughters of Eve. The Peasant Worldview of the Alto Minho*, Clarendon Press, Oxford.
- Pitt-Rivers, J. (1968): «Honor y categoría social», en Peristany, J. G. (ed.): *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, págs. 41-75, Editorial Labor, Barcelona.
- Pitt-Rivers, J. (1979): *Antropología del honor o política de los sexos*, Crítica, Barcelona.
- Portelli, A. (1989): «Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli», en *Historia y Fuente Oral*, n.º 1, Barcelona.
- Segalen, M. (1980): *Mari et femme dans la société paysanne*, Flammarion, París.
- Sevilla-Guzmán, E. (1975): «Class Structure and the Local System of Latifundist Domination: Arcadia Feliz (Circa 1930)», en *Peasants without Land. Political Sociology of the Peasantry in Spain* (University of Reading, tesis doctoral).
- Sevilla-Guzmán, E. (1979): Reflexiones teóricas sobre el concepto sociológico del latifundismo», en A. de Barros (ed.): *Agricultura latifundiária na Península Ibérica*, Instituto Gulbenkian de Ciência, Oeiras.
- Sevilla-Guzmán, E., y González de Molina, M. (eds.) (1991): *Ecología, campesinado e historia* (en prensa), La Piqueta, Madrid.
- Verdier, Y. (1979): *Façons de dire, façons de faire. La laveuse, la couturière, la cuisinière*, Gallimard, París.
- Zonabend, F. (1980): *La mémoire longue. Temps et histoires au village*, PUF, París.